

LA MITIFICACIÓN OCCIDENTAL DE SALADINO: UN VIAJE POR LAS PRINCIPALES LITERATURAS ROMÁNICAS DE LOS SIGLOS XIII Y XIV

Alfredo Crespo Borrallo
Universidad de Sevilla

RESUMEN

Ṣalāḥ ad-Dīn, conocido en occidente como Saladino o Saladin, es, probablemente, una de las figuras más importantes del mundo arabo-musulmán. Tanto en el plano socio-cultural como en el religioso se erigió como el salvador del Islam y el reconquistador de las tierras árabes. Su fama transgredió el tiempo y el espacio, llegando a considerársele como uno de los más importantes personajes de la edad Media, tanto en Oriente como en Occidente. Esta universal consideración en su tiempo propone diferentes manifestaciones del personaje, llegando a mitificarse por completo su figura. En este trabajo intentaremos acercarnos a través de las principales literaturas románicas –la castellana, la francesa y la italiana–, la visión occidental que se tiene de Saladino. Para ello utilizaremos como punto de origen la concepción más importante de la época, la religión. El papel de las tres religiones, y la posible valorización taxonómica de las mismas, es decir, ¿cuál de las tres principales monoteístas es la verdadera religión?, pues es curioso que la figura que aglutina las características más relevantes de la edad Media sea, precisamente como vamos a ver, Saladino.

Introducción

“Nada humano es nada en sí mismo”. Decía Martin Heidegger en su obra *Ser y tiempo*. El ser del hombre se define por su relación con el mundo, y eso es lo que sucede con la figura de *Ṣalāḥ ad-Dīn Yūsuf ibn Ayyūb*. ¿Quién fue *Ṣalāḥ ad-Dīn*? Más conocido en occidente como Saladino, es una de las grandes figuras de la historia universal, como lo son Alejandro Magno, Carlos I el Grande, Gengis Jan o Irene de Atenas. *Ṣalāḥ ad-Dīn* unificó el islam en un momento muy aciago en el que todo el sistema califal se tambaleaba debido a las luchas internas que infligían, como si de un parásito se tratase, heridas internas en el “cuerpo” socio-político abbasí. Surgió como una esperanza para todos los musulmanes y durante los años de su liderazgo se vivieron momentos gloriosos que encumbraron su figura. Su fama se extendía de oriente a occidente y allí dónde se hablaba de él se recalcan sus atributos caballerescos, se le ejemplificaba como el caballero medieval por excelencia.

Todo esto ha fundamentado un gran número de obras, tanto literarias como históricas, en las que a través de su determinación se han proyectado las características inherentes de las sociedades siendo así posible que siguiera aumentando, y encumbrando, su leyenda; como también ha posibilitado que existan distintas visiones de la figura de Saladino. La cultura existe conectada a la vida humana que es la que le presta su auténtico sentido y *Ṣalāḥ ad-Dīn* está conectado tanto a la cultura como a la vida humana de las distintas sociedades medievales de occidente, tanto en Castilla, como en Italia, como también en Francia; que son los núcleos en los que nos basaremos a la hora de realizar nuestro trabajo.

Heidegger seguía desarrollando su tesis recalcando: *La cultura no es realidad trascendente y en sí misma, porque nada humano es nada en sí mismo, nada abstractamente aislable*. Es esta relación entre el contexto y el ser humano, el personaje y sus circunstancias, la que hace posible que en distintas sociedades se tenga una visión diferente de un mismo elemento, a diferentes sociedades diferentes seres caracterizados por proyección. Cada pueblo acentuó, en este caso, los aspectos y valores que le eran más gustos, y silenció y rechazó lo que era incompatible con el funcionamiento de su “morada vital”. Lo útil de esta tricotomía es ver claramente la

disparidad de las manifestaciones de *Ṣalāḥ ad-Dīn* en cada una de las tres literaturas románicas, y la coherencia que, en cambio, ofrecen dentro de cada una de ellas. Para ello partiremos desde una cuestión que estuvo muy presente en la época de *Ṣalāḥ ad-Dīn*, ¿cuál de las tres principales religiones monoteístas -Islam, Cristianismo y Judaísmo- es la verdadera religión?.

En base a la formulación de esta teórica pregunta ligada al estrato social más relevante de la edad Media surge el mito de Saladino. Pues las diferentes visiones, tanto orales – en la medida de que los cruzados liberados por éste son los encargados de narrar las proezas del sultán- como escritas, configuran el proceso de mitificación social que es necesario para la determinación de un mito. Para ello partimos de dos definiciones posibles de mito, la definición de Gilbert Durand: *el mito aparece como un relato (discurso mítico) que pone en escena unos personajes, unos decorados, unos objetos simbólicamente valorizados, que se puede segmentar en secuencias o unidades semánticas más pequeñas (los mitemas) y en el que se invierte necesariamente una creencia llamada “pregnancia simbólica”*; y en menor medida lo apuntado por Jose Manuel Losada Goya: *un relato oral (pretextual) de un acontecimiento extraordinario privado de testimonio histórico y dotado de ritual, de carácter conflictivo, funcional y etiológico (apuntando a una cosmogonía o escatología, particular o universal)*. Sin duda el mito se define, como ya dijo Lévi-Strauss, como un metalenguaje; y en éste los personajes humanísticos universales se configuran, como Alejandro Magno o Leonardo da Vinci.

Así sucede también con Saladino, su figura se mitifica a través de un proceso puramente social y ajeno a él mismo. Quién es, o fue, el verdadero Saladino es una pregunta que ya no puede tener respuesta, su figura, su vida, su desarrollo ha sido mitificado y ensalzado –no sin la necesaria reprobación del personaje- y lo que hoy en día nos ha llegado es una visión general y central que se aleja de la realidad, la cosmogonía de Saladino se diluye en la historia y se hace presente en su concepción mítica.

Nota biográfica sobre *Şalāḥ ad-Dīn*

En el ocaso intermitente del imperio islámico a finales del siglo XII surgió una luz fulgente que se manifestó como el último gran periodo de la cultura arabo-musulmana, un último brillo estertor previo al gran desastre mogol de 1258, y la figura que propició este *alarido* socio-político cultural fue *Şalāḥ ad-Dīn Yūsuf ibn Ayyūb*. En una época convulsa y en un área de gran fragmentación política y religiosa nace en Tikrit, en el seno de una familia al servicio de los gobernantes selyúcidas¹ de la zona, un kurdo -un indoeuropeo- suní que con el tiempo habría de convertirse en el gran unificador del Islam, fundador de la dinastía ayubí y uno de los protagonistas más relevantes de las Cruzadas. Genio político y militar, sultán de Egipto y califa de Bagdad, conquistó Jerusalén y fue el gran triunfador de la tercera cruzada, erigiéndose vencedor en la gran batalla de Hattin. Su permanencia en el imaginario colectivo oriental y occidental a través de los siglos ha alentado la continuidad en los estudios de su figura y hechos, que han sido abordados desde casi todas las disciplinas posibles y con una diversidad de enfoques que atestigua el interés que ha suscitado en todo tipo de especialistas.

1. Tricotomía teológica medieval: Islam-Cristianismo-Judaísmo

Si bien no es propósito de este trabajo tratar el tema teológico-teocrático medieval cabe poner en pie algunas ideas que han hecho de la búsqueda de la verdadera religión epicentro de la explicación del mito occidental de Saladino. Y es que sin lugar a dudas una de las cuestiones fundamentales de la edad Media es el posicionamiento de las religiones y la búsqueda de la verdadera religión. Una época en la que los poderes teocráticos se suceden, como el califato islámico o las monarquías occidentales teocráticas, y en donde las disputas confesionales son recurrentes. En este sentido Saladino juega un papel fundamental pues es la figura emblemática que ensamblará el decadente, y casi inexistente, imperio abbasí, recuperando el control de las principales zonas cristianas, tales como San Juan de Acre o Jerusalén –en esta última será donde se comienza a fraguar su leyenda con la recuperación de la tierra sagrada para los musulmanes-. Las constantes luchas entre cristianos y musulmanes

¹ Dinastía turca reinante entre los siglos IX y XIII en territorios del Asia Central y los actuales Iraq e Irán.

dan lugar a un conflicto que crea un odio latente entre éstos, hecho que en un principio debe separar la figura de Saladino de una aceptación cristiana del mismo, pero que como ya veremos no se produce y que conlleva exactamente todo lo contrario.

Para entender una de las claves de la concepción del mito tenemos que sumergirnos en aspectos religiosos islámicos que se desligan del corpus teológico y que demuestran una serie de características que apoyan la imagen universalista que se tiene de *Ṣalāḥ ad-Dīn*. El Islam, en ocasiones, da pie a actitudes no muy alejadas del indiferentismo religioso, sin que por eso los musulmanes o los cristianos islamizados, rechazaran lo no demostrable por la razón y la ciencia. Además, el Islam tiende a ser inclusivista en determinados aspectos sociales. Cualquier religión minoritaria es aceptada en la comunidad, siempre y cuando sea bajo las normas dictadas, teniendo libertad pública y libertad de culto. *Ibn Ḥazm* llega a escribir: *indudablemente habrá entre todas las religiones alguna que sea auténtica, mas a nadie se le manifiesta de modo evidente y claro, y por eso Dios no impone a nadie la obligación de profesarla*. Todo esto era posible debido a conceptos sociales que se manifestaban en la época en la que se vivía. Hay que pensar que sobre el s. XIII y s. XIV no había campos científicos o ramas de conocimiento en las que apoyarse cuando resultaba inadmisibles un axioma religioso. Era posible oscilar en las corrientes teológicas sin dejar de ser religioso, por ello nace la teología o la exégesis como ciencia, para intentar formular, teorizar y contestar estas preguntas. El místico *Ibn ‘Arabī* se cuestionó esto nos dejó algunas reflexiones muy interesantes al hilo del tema propuesto: *mi corazón puede tomar cualquier forma porque su nombre significa “cambio”[...]. La variedad de sus sentimientos es debida a la variedad de las manifestaciones divinas que aparecen en lo más hondo de su intimidad. Mi corazón puede tomar cualquier forma: un pasto para gacelas y un convento para monjes cristianos. Un templo para ídolos y para la Ka'aba de los peregrinos y para las tablas de la Torah y para el libro del Corán. Sigo la religión del amor: sea cual fuere el rumbo de los camellos de mi amor, allá están mi religión y mi fe*.

Este tipo de comentarios nos hace comprender el mundo en el que se movían las ideas teológicas; por ello es entendible que cada sociedad -con su historia, su cultura y su religión- esgrima y construya la imagen de *Ṣalāḥ ad-Dīn* basándose en

distintos pilares. Contemplemos así la figura de Saladino en las diferentes literaturas románicas de España, Italia y Francia en los siglos XIII y XIV.

2. SALADINO ANTE ESPEJOS LITERARIOS

Antes de introducirnos en los ejemplos dados y en sus características, generadas a partir de las diferentes zonas geo-literarias, pondremos de manifiesto una de las fábulas que se repiten a lo largo del mapa occidental literario medieval, *Los tres anillos*, y que situaremos como punto de inicio en nuestra labor de investigación. Nos narra la historia de un rey que posee una piedra preciosa de inigualable valor y que a la hora de dejarla en herencia para sus tres hijos se encuentra ante el obstáculo de a quién dársela. Para resolver la cuestión manda a un joyero hacer dos piedras exactamente iguales a la primera, aunque sin el valor de la primera. Así puede solucionar el problema y sus tres hijos reciben una piedra cada uno, mas sabiendo que en realidad solo una de ellas es la verdadera. Este relato se ha ido repitiendo a lo largo de la historia de la literatura universal, aunque ha sido ornamentada y ha tenido que someterse a algunos cambios dependiendo, generalmente, del autor o la época. Así Bocaccio, Etienne de Bourbon e, incluso, Lessing cambian las formas pero trabajan con la fábula. Esta utilización tiene su vertiente medieval teológica con la asimilación de cada una de las religiones imperantes monoteístas de la edad Media a cada una de las piedras, siendo una de ellas verdadera ante las otras. Y entre esta tricotomía se sitúa la figura de Saladino, con el carácter propio del ente que falta para la solución o búsqueda resolutiva del planteamiento. Sabiendo esto podemos proceder al rastreo de las imágenes, o reflejos, de Saladino en las diferentes literaturas románicas de la baja edad Media.

Şalāḥ ad-Dīn en Italia

Como resultado de lo que venimos discutiendo, desde un primer momento el Saladino italiano es característicamente italiano, valga la redundancia, en su descripción. Como sostenemos es una proyección de los autores y de las obras italianas. Ante esto la posición de Saladino en la leyenda de los tres anillos en Italia es sumamente interesante, así parece que no entra en disputas manteniéndose entre el borde y el margen de la cuestión teológica. Lo que interesa es la sagacidad y la astucia,

los ejemplos morales y la posibilidad de resolver los conflictos con el buen hacer italiano, y en esto Saladino se erige como uno de los máximos exponentes. Es decir, a la hora de tratar con los tres “anillos” la pregunta italiana es: ¿cómo resuelvo la incógnita?, no: ¿cuál es la verdadera?.

Chi non ha ancora nel cuore Alessandro per li suoi reali beneficii? Chi non ha ancora il buon re di Castilla, o il Saladino...? (Dante, Convivio, IV, 11). Es en este punto donde radica la no teologización del personaje, pues ni siquiera tiene un tratamiento islámico, un Saladino escéptico pero sabio. Dante no elogia la figura como lo haría otro escritor sino pensando en la calidad regia e ilustre de tan altos señores que aparecen en su obra cumbre, la Divina Comedia. Pues el ilustre escritor lo colocará en el limbo reservado a los personajes no bautizados que debieran estar en el paraíso: *E solo in parte vidi il Saladino.* (Dante, Inferno, IV, 129)

*Poco le sue leggi e i suoi commandamenti prezzasse*². En este caso es Bocaccio el que fundamenta su visión de Saladino reforzando el aspecto de la indiferencia del sultán en cuanto a los asuntos religiosos. Sigue el relato de Bocaccio haciendo referencia a una anécdota en la que Saladino fue el protagonista: *mandó dar, cierta vez, 200 marcos a alguien; el tesorero se equivocó y escribió 300; el Soldán, entonces le hizo escribir 400 para que la pluma de su tesorero no fuera más generosa que él*³. Aunque quizás uno de los relatos que más certifica la condición de astuto caballero es la siguiente: *en otra ocasión luchan Ricardo Corazón de León y Saladino. El rey de Inglaterra combate desmontado; su adversario le ofrece un caballo para que hombre tan noble no vaya a pie; el rey desconfía y le pasa la bestia a un escudero. El caballo estaba amaestrado y salió a galope hacia el campo de Saladino*⁴. Aunque en algunas redacciones le ofrece el caballo sin ninguna malicia. Lo que se pone de manifiesto aquí es la calidad de astuto caballero que edifica el personaje.

Los tres anillos vuelven a aparecer en el *Venturoso Ciciliano*, de Bosone de Gubbio, con espíritu parecido al del *Novellino*. Pero es en el *Decameron* (I,3) donde el

² Di Francia, L. *Le cento novelle antiche, o Libro di novelle e di bel parlar gentile, detto anche Novellino* (Vol. 48). Unione tipografico-editrice torinese, 1945.

³ CASTRO, A., “Presencia del Sultán Saladino en las literaturas románicas”, *Hacia Cervantes*. Madrid, Taurus, 1957, pág. 54.

⁴ *Idem*, pág. 55.

cuento adquiere el máximo relieve literario. Como italiano de alta clase, a Bocaccio le seducía la magnificencia de la audacia intelectual. La vida se le parecía como una batalla entre las apetencias humanas y las resistencias morales encontradas, así como el *Decameron* estaba confeccionado.

Existen además otros relatos como *Il Saladino e messer Torello di Pavia*, que nos hace ser capaces de ver que lo que la genialidad italiana puso de manifiesto fue la imagen de un Saladino astuto, sabio, escéptico, caballeresco y fuera de la cuestión teológico, como solo los grandes caballeros podían.

Şalāḥ ad-Dīn en Francia

Al sumergirnos en la literatura francesa nos topamos con un panorama totalmente distinto así que intentar trazar un campo de afinidad entre el Saladino “italiano” y el Saladino “francés” sería bastante complicado y nos llevaría a la confusión. Parece que hubieran dos saladinios y no sé podría saber cuál es el verdadero. Al poder observar el objeto de estudio desde un punto de vista alejado del mismo y anacrónico, vemos claramente que ninguno se acerca a la realidad, pero que ambos son tan reales como sus propias manifestaciones literarias.

La relación entre el francés y la religión, que es nuestro punto clave en las tres orillas, difiere de la italiana. Así su relación con El francés se erigirá como el estandarte cristiano, pues su sistema feudal y monárquico, su realidad, estaba sustentado por la religión. No interesaba a los franceses pensar estáticamente sobre cierta invalidez de tres religiones, ni planear argucias que encaminasen a posiciones inconclusas, sin lugar a dudas el cristianismo es la única y verdadera religión. La manera en la que solucionaban esta cuestión era básica, cristianizando a Şalāḥ ad-Dīn.

Se conocía en el estrato cultural francés de la época la leyenda de un Saladino propenso a abrazar el cristianismo: *Catholica fidei leges et dogmata Christi legit et audivit Saladinus*⁵. Era común hacer referencia a su conversión o incluso a establecer parentesco con distintos cristianos que le habían enseñado el correcto camino. El único accesible y posible en Francia. Incluso en algunos poemas del siglo XV Saladino viene

⁵ Así reza un poema, de hacia 1215, citado por Gaston Paris en *Melanges de littérature française*, pag 294.

a Francia no para observar *la noblesse et le maintien des chrétiens*⁶ sino acompañando a su tío Jean de Pontieu, porque los franceses habían dado al sultán una ascendencia francesa, en su afán de atraer el Oriente al Occidente –a modo de cruzada ideal utópica-. Sin duda es observable que el *Şalāḥ ad-Dīn* francés tiene más de francés que de *Şalāḥ ad-Dīn*. Una figura cristiana en la que se recalcan sus características épicas y carnales, como el caballero medieval predefinido.

Şalāḥ ad-Dīn en Castilla

En Castilla también encontramos que las diferencias sociales con Francia e Italia son visibles y eso repercute directamente en la visión que se tiene de *Şalāḥ ad-Dīn*. Nos encontramos, como ya hemos señalado, con una sociedad totalmente distinta de las anteriores. En la actual España, se sabía y se hablaba de cosas islámicas más que en ningún reino o región de Occidente, y sin embargo es sorprendente que los reflejos literarios de *Şalāḥ ad-Dīn* son escasos y sin correspondencia con los de las otras literaturas románicas. Saladino no vino a Castilla a espiar las fuerzas cristianas ni a emprender hazañas caballerescas, porque en la fantasía castellana no florecieron, original o espontáneamente, ni cuentos como los del *Novellino*, ni poemas como los de *Chrétien de Troyes*. Ni era pensable que un castellano planteara por escrito la cuestión del valor respectivo de las tres religiones dentro de las cuales acontecía su vivir.

Contemporáneo de Boccaccio es don Juan Manuel, el nieto del rey San Fernando, autor de la colección de cuentos titulada *Libro del conde Lucanor*. El interés principal de estos relatos no yace en lo que en ellos sucede, ni en sus circunstancias espectaculares o decorativas; la atención del autor se concentró ante todo en la conciencia moral de sus figuras, y desde ella planea sus narraciones. Saladino aparecerá como conducta moral, sin mencionar vacilaciones religiosas o andanzas caballerescas. Será un ejemplo de *omne en sí*, dador y receptor de sabios conceptos. Patronio define al conde Lucanor las características de este *omne en sí*: “*E assí entendet que todo el pro e todo el daño nasce e viene de quál el omne es en sí, de qualquier estado que sea. E por ende, la primera cosa que se debe catar en el casamiento es quáles maneras e quáles costumbres e quál entendimiento e quáles obras a en sí el omne o la muger que a de casar*”⁷. Del ejemplo L, “*De lo que a*

⁶ Idem, pág 429.

⁷ Alfonso I. Sotelo en su edición de *El conde Lucanor*, de. Cátedra, Madrid, 1984, 183.

conteçio a Saladín con una dueña, muger de un su vasallo”, podemos extraer un comentario al mismo de R. Ayerbe-Chaux: “Es un cuento de la estructura armónica realmente extraordinaria que como en un mosaico precioso acopla elementos dispares. Ningún otro cuento de *El Patronio* recoge y sincroniza con tanta perfección un mayor número de elementos ofrecidos por las tradiciones europeas”⁸.

3. CONCLUSIONES

Basándonos en el carácter cultural de los estudios literarios es posible trazar una red de proyecciones que se asocian para tejer la imagen que se tiene de Saladino en el occidente medieval. Esto se presta para argumentar las dos tesis propuestas con esta introductoria y somera investigación:

- En primer lugar, es posible hablar de paradigmas humanísticos referentes al espacio-época (Einstein, Da Vinci, Alejandro Magno...) y creemos que Saladino puede ser el directo sucesor del paradigma histórico-humanístico que es Alejandro Magno -a la edad Antigua- en la edad Media.
- En segundo lugar, es viable hablar de Saladino como el ejemplo paradójico de identidad europea medieval. En la medida en la que su figura es uno de los pilares referente en la Europa de la baja edad Media. Se trataría de una vuelta de tuerca a la hipótesis de creación de identidad a través de un enemigo; en este caso un enemigo oriental y musulmán.

Según nuestra teoría el mundo occidental antiguo poseía una figura que estaba por encima de cualquier otra y daba constancia al discurso hegemónico; este era Alejandro Magno. Tras su muerte y la llegada de la Edad Media, periodo oscuro para los occidentales, nos encontramos con que no hay ninguna figura que pueda satisfacer las pretensiones de los historiadores y que sea la que recoge el testigo y hereda las cualidades de Alejandro Magno -aunque haya figuras en occidente como Carlomagno del Sacro Imperio Romano-. En ese momento la figura que parece aunar todas esas

⁸ AYERBE-CHAUX, R., *El conde Lucanor. Materia tradicional y originalidad creadora*, de. Porrúa Turanzas, Madrid, 1975, 137.

premisas no es occidental, sino oriental y se llama Ṣalāḥ ad-Dīn. Es por ello que las sociedades a partir de su cultura, y de la representación de la misma a través de la literatura, hacen partícipe al personaje proyectando sobre él las distintas cualidades necesarias para esa reinterpretación. Todo esto se lleva a cabo a la misma vez en todas las sociedades occidentales medievales, que es lo que hace plausible la formulación de esta teoría.

Este puente hace posible que volvamos a ser testigos en occidente de personajes que recogen las cualidades heredadas de Alejandro Magno y que han sido inoculadas a través de la figura de Ṣalāḥ ad-Dīn. Así, en literatura, que es el campo en el que basamos la investigación, encontramos esos personajes en el Siglo de Oro de la literatura castellana.

Pues ¿quién no es capaz de vislumbrar en la figura de Sancho Panza, de Peribáñez o de el Alcalde de Zalamea rasgos caballerescos medievales que ya en la antigüedad eran de carácter alejandrino?

Sea cierta o no la hipótesis aquí propuesta, la figura de Ṣalāḥ ad-Dīn es un agente vivo y activo en la literatura románica, en la cual podemos encontrar “varios Saladinos de Oriente”. Que la sociedad occidental haya tenido que asimilar la figura de Saladino para utilizarlo como vehículo de cultura está más que demostrado pero, quizás, el hecho de que eso haya sido necesario es cuestionable.